

Perro, con todo esto se ahogan muchas bestias porque discrepando de aquel paso y salidero, como llegan cansadas y no hallan pié, llévaselas el raudal y corriente impetuosa del rio, sin remedio ninguno. Pasado de la otra parte prosiguió el padre Comisario su viage, guiándole el mismo dominico, y andadas cuatro leguas y media, en que se pasan unas malas ciénagas y cinco arroyos, llegó á un rio, en cuya ribera estaban unos ranchos y casas de paja, y en ellas muchos indios principales de un pueblo llamado Coapa, los cuales le recibieron con música de trompetas, y le dieron chocolate y ramilletes de flores olorosas; agradecióselo el padre Comisario, y acompañado de los mismos indios, pasó el rio sobre dicho por una puente de madera, y andada otra legua y media, llegó muy fatigado del sol al pueblo mismo de Coapa, el cual es de los mismos indios, Obispado y visita, y está seis leguas de Izcumtenango. Hizosele en aquel pueblo al padre Comisario tan buen recibimiento, y con tanta solemnidad como si fuera el general de la órden de Santo Domingo. Desde la entrada del pueblo hasta la iglesia, estaban las calles llenas de arcos, y por todas ellas iban delante dél muchas danzas de indios, regocijándole y haciéndole fiesta; hubo mucha música de flautas, trompetas y campanas, y estaban en la iglesia las indias puestas todas en dos órdenes, á la una parte y á lo otra del paso y camino que el padre Comisario llevaba, y todos mostraron bien la devocion que tienen á nuestro hábito y estado. Acudieron luego los indios principales y sus mugeres, todos juntos á ver al padre Comisario, y ofreciéronle gallinas y huevos, lo mismo hicieron las indias de la doctrina con una devocion extraña; llámase aquella iglesia Santo Tomás, y tenían-

le pintado en el altar mayor con corona de rey, no supo la causa el padre Comisario, el cual se detuvo allí todo aquel dia y recibió mucha caridad y regalo, así del fraile como de los indios.

Viernes cinco de Septiembre salió muy de madrugada el padre Comisario de aquel pueblo, y dejando de ir por el camino derecho que va á Chiapa de los indios, tomó el que va á Chiapa de los españoles, por ver los frailes de nuestro convento, y pasado un rio y cuatro arroyos (yendo todavía guiando el dominico), y andadas dos leguas, parte dellas cuesta arriba, llegó á unos ranchos hechos en la misma cuesta, donde el dominico se despidió para volverse á sus pueblos, y el padre Comisario prosiguió la subida de la cuesta, que tiene dos leguas de largo, llevando por guía al gobernador de Coapa, y otros indios principales, otra legua. Desde allí se volvieron, y pasado adelante el padre Comisario, y andadas otras tres leguas, llegó á un buen pueblo del mismo Obispado de Chiapa, de indios quelemes, donde hay un convento de frailes de Santo Domingo, que los tienen á cargo; llámase este pueblo Comitlan, y una legua ántes de llegar á él, salieron los indios principales á recibir al padre Comisario, todos á caballo; á la entrada del pueblo salió el vicario de aquel convento y el compañero del Obispo, que á la sazón estaba allí, hubo música de trompetas y campanas, y recibiéronle en el convento con mucho contento y devocion y hicieronle mucha caridad y regalo. El Obispo era fraile dominico, y posaba en el mismo convento, y convidó aquel dia al padre Comisario á comer, y por su respeto, á los frailes que allí moraban que eran cuatro, y á todos hizo mucha fiesta; detúvose allí el padre Comisario todo aquel dia.

Sábado seis de Septiembre salió el padre Comisario muy de madrugada de Comitlan, y andadas tres leguas por un valle, á manera de abra muy angosta entre cerros, por caminos pedregosos y de malos pasos, vino la luz del dia, con la cual anduvo otras tres leguas, al cabo de las cuales llegó á una fontecita de muy buena agua, junto á la cual estaba un prado y en el prado unos ranchos muy grandes, que se habian hecho pocos meses antes, para una capitania de soldados que iba contra los indios del Acandon, como despues se verá; allí descansó un poco y comió unos pescadillos cocidos que le habian dado los frailes de Comillan, y luego volvió á su tarea, y pasados dos arroyos, y andadas tres leguas largas, llegó á un pueblo de los mismos indios quelemes, y del mismo Obispado y visita de dominicos llamado San Francisco Amatenango, donde aunque estaban descuidados porque no sabian de su ida por allí, se le hizo mucha caridad; favoreció el Señor al padre Comisario aquella jornada como siempre, porque nunca se descubrió el sol de suerte que diese pena, y parece que se detuvo el agua hasta que hubo llegado al pueblo, porque entonces cayó un terrible aguacero, y tras aquel otro mayor, y despues otros muchos, uno mayor que otro, que á cogérle cualquiera dellos en despoblado le hiciera daño no pequeño. Detúvose allí todo aquel dia y avisó aquella tarde á Chiapa, que sería otro dia por la mañana allá, y por pedirle los indios de Amatenango que les dijese misa, se quedó á decírsela fray Lorenzo Cañizares, y con él el lego fray Cristóbal para ayudarle, y porque se hizo mencion poco há de los indios del Acandon, decirse há en este lugar alguna cosa dellos y de la tierra donde habitan, aunque con brevedad.

De los indios del Acandon y de un caso notable que sucedió con uno que querian sacrificar.

Los indios del Acandon son muy pocos, y los más dellos infieles, que no se han bautizado, y andan tambien en su compañía algunos apóstatas de la fe, así dellos mismos como de otros que se han huido de otras partes, y se les han juntado; tienen todos una fuerza ó peñol en una laguna, sesenta leguas de Chiapa, entre Oriente y Poniente, no muy lejos de la Chontalpa, hácia las tierras que confinan con la provincia de Yucatan, la laguna no es muy grande, pero es honda y circular, y tiene en medio una isilla con algunos peñascos, y en ella tienen hechas los Acandones sus casas, y á esto llaman peñol; sírvense de muchas canoas para salir á tierra firme á cazar y á hacer sus milpas de maíz, axi y frisoles y calabazas y otras legumbres, y á capturar todos los hombres que pueden, así indios como españoles y negros, para sacrificarlos á sus ídolos, los que cogen vivos llévanlos á aquel fuerte y isla, y despues que los han engordado los sacrifican con danzas, mitotes y bailes.

Aquel año de ochenta y seis salieron algunos destos á tierra firme con sus armas, que son arco y flecha, y dieron una noche en una estancia de un español, vecino de Chiapa, y habiendo muerto á un negro que se puso en defensa, llevaron presas nueve ó diez personas entre chicas y grandes, y puestas en su isla las iban cebando

y engordando como si fueran puercos, para ofrecérselas y sacrificárselas al demonio poco á poco en sus fiestas y solemnidades; teníanlos á todos metidos en una cárcel ó red de maderos muy gruesos hincados en la tierra, y encima estaba hecha una barbacoa en que de noche dormian los que los guardaban, de dia los sacaban por el pueblo con unos cascabeles á los piés, y los regalaban y daban muy bien de comer, y les procuraban hacer fiestas, pero de noche los volvian á la cárcel, en la cual estaban con la guardia sobredicha, hasta que llegado el dia del sacrificio sacaban á matar uno, y otra vez otro, y así habian ya sacrificado algunos de los diez atrás referidos; y quedando ya muy pocos, y entre ellos un indio hábil y buen cristiano, que muy de veras se encomendaba á Dios y á la Virgen Santa María su Madre, llegado el dia en que habia de morir le sacaron de la cárcel, y llevado al mitote y baile, comenzaron su fiesta, quiso su ventura ó ordenólo así Dios, que el que estaba tañendo el teponastle, que es un instrumento de madera que se oye media legua y más, erró el golpear y el compás de la música, y teniendo esto por agüero y mala señal el sacerdote de los indios, mandó que no pasase la fiesta adelante ni se hiciese por entónces el sacrificio, y que muriese el tañedor que habia hecho aquella falta, tan grande á su parecer, pero intercedieron por él los demás, y perdonado mandaron volver al otro indio á la cárcel, y concertaron y determinaron que otro dia fuese sacrificado; el pobre indio que ya sabia algo de aquella lengua, entendió el trato y concierto, y encomendándose á Dios y á nuestra Señora la Virgen María, cuyo devoto él era, probó á menear un palo de la cárcel, y dióse tan buena maña, que con el favor de Dios sacó

uno sin ser sentido, y no atreviéndose á salir con él otro ó otros dos indios que allí estaban, se salió solo y bajó á la laguna, y entró en una canoa y pasó á tierra firme, á la banda de Chiapa, y se subió á unas peñas muy altas donde estuvo escondido lo restante de la noche, y otros dos ó tres dias sin comer, sino fué lo que consigo llevaba, que no debiera ser mucho, y algunas raices y frutas que él halló; cuando amaneció y miró bien en donde estaba, vió que se habia detenido en aquellas peñas en un puesto tan peligroso, que á pasar dos pasos más adelante se despeñara en una hondura muy grande, y dió gracias á Dios porque le habia librado de aquel peligro. Oyó asimesmo aquel mesmo dia que pasaban indios por allí abajo á buscarle, y que iban diciendo que le habian de coger y hacer que no se les huyese otra vez, con lo cual puede cada uno considerar lo que el pobre indio sentiria, y cuan grande seria á tal tiempo su tribulacion y angustia. Pasados tres ó cuatro dias, cuando ya él entendió que se habian vuelto los que le habian ido á buscar, bajo de sus peñas y escondrijo, y comenzó á caminar para su tierra, pero yendo un dia caminando muy descuidado de topar ninguno de los acandones, vió venir dos de ellos por el mismo camino con sus arcos y flechas, y aunque no estaban lejos quiso Dios que ellos no le vieron, él se escondió en el monte, y cuando ellos pasaron les oyó decir que la causa de no haberle hallado era habersele comido algun tigre; libre de estos peligros y zozobras, llegó el pobre indio á su tierra tan flaco, despeado y mal traído que tardó mucho tiempo en volver en sí: él contó todo esto al fraile dominico de las Coapas, y decia y afirmaba que la madre de Dios, á quien se encomendaba, le habia librado, y despues

el dominico lo contó al padre Comisario general cuando pasó (como queda dicho) por los pueblos donde estaba. Por esta presa que hicieron los acandones en aquella estancia y por otras que habian hecho y se temia que harian, se hizo gente de españoles é indios, los cuales fueron á la laguna sobredicha, llevando consigo á un fraile nuestro que moraba en Chiapa, y pudieran (segun se dijo) cogerlos á todos con facilidad, si luego die-
 ran en ellos, porque estaban todos desbandados y desapercebidos, pero los indios se supieron valer, y pidieron al capitán ciertos dias de plazo para responder á lo que les habian propuesto, y una noche, cuando más desbandados estaban los españoles, desampararon los indios el peñol y se pasaron á tierra firme, y se metieron en el monte, y aunque fueron en su seguimiento no hicieron nada, y así se volvieron á sus casas hartos de caminar y manvacios, como dicen. Para estos soldados eran aquellos ranchos donde descansó el padre Comisario el dia que salió de Comitlan, como queda dicho, desde los cuales llegó á san Francisco Amatenango, donde quedó en el interin que se ha dicho esta digresion, y será bien volver á tratar de su viage.

De como el padre Comisario general prosiguió su viage por el Obispado de Chiapa.

Dejando en Amatenango á fray Lorenzo Cañizares que dijese misa á los indios, y á fray Cristóbal, el lego, para que le ayudase, salió el padre Comisario con su se-

cretario de aquel lugar, domingo siete de Septiembre á la una de la madrugada, y allí junto á las casas pasó una ciénaga muy mala, y en ella seis ó siete acequias por otras tantas puentes de madera, despues pasó un arroyo por otra puente, y llegó á un pueblo pequeño de los mismos indios, Obispado y visita, llamado Teopixca, media legua de Amatenango; pasó de largo, y andadas cinco leguas de camino muy malo, de lodo, cieno y pedregales, y pasados en ellas tres arroyos, y últimamente una larga y mala cuesta, y un rio que se pasa por una puente de madera, llegó á la cibdad real de Chiapa y se entró en nuestro convento que está á la entrada la primera casa de la cibdad; cogió á los españoles y frailes muy descuidados, y unos y otros se hallaron muy afrentados y corridos de no haberle hecho el recebimiento que pensaban hacer, quejándose todos porque no se les habia dado aviso de su ida, porque aunque le dió el padre Comisario desde Amatenango, nunca llegó el que le traia por causa de lo mucho que llovió aquella tarde y noche. Dijo misa en llegando, y acudieron despues los religiosos de Santo Domingo y la justicia y principales de la cibdad á verle, y todos le hicieron mucha caridad y regalo aquel dia, y el siguiente que se detuvo allí; y es tanta la devocion que los vecinos tienen á nuestro hábito que estaban concertados y determinados los principales de dar de comer al padre Comisario y á sus frailes, por su orden y tanda, todo el tiempo que allí estuviere, aunque fuese mucho. Pero como se detuvo tan poco, como dicho es, diéronle para el camino algunas cajetas, marquesotes y vizcocho, cosa que ninguno otro pueblo hasta entónces habia con él hecho. Está aquella cibdad fundada en un valle muy grande, cercado

casi por todas partes de cerros, de suerte que el río sobredicho y un arroyo que está ántes dél y otros que se le juntan de la otra parte de la cibdad no tienen por donde salir, pero proveyó Dios de un sumidero no lejos de allí, en el cual se hunde toda aquella agua, y tienen todos los vecinos cuidado de que esté limpio para que no se haga alguna laguna, con que se hunda la cibdad, la cual tenía como ciento cincuenta vecinos españoles, gente honrada y noble, aunque pobre, las casas son de árboles cubiertas de teja; allí tiene su silla el Obispo de Chiapa, y sin la iglesia catedral hay un convento de Santo Domingo y otro de nuestra orden, que ha pocos años que se fundó, ibase haciendo de adobes y cubierto de paja, que aun no estaba acabado: su vocacion es de san Antonio. Residian en él cuatro religiosos los cuales tienen á cargo unos pocos indios mexicanos de los que fueron con los españoles cuando la conquista, y moran junto al convento, y algunos pueblos de indios quelemes. Hace en aquella cibdad y valle mucho frío, dáse trigo y cebada, dánse duraznos muy buenos y maravillosas manzanas, y otras frutas de Castilla; hácese por allí cal y yeso, y hay unos minerales de ámbar amarillo y trasparente, de que hacen rosarios y otras cosas. Cógese por allí la tecamahaca, resina muy medicinal, y críanse muy lindos caballos, especialmente unos que se llaman de la casta rica, los cuales son muy preciados, y tenidos en mucho en toda la Nueva España. Hay junto á Chiapa muchos prados y zacatales, y por esto en lengua mexicana la llaman Zacatlan, que quiere decir lugar de zacate ó yerba; y en todo aquel valle, y aun casi en todo aquel camino, desde Tonicapa hasta Chiapa de los indios, en las tierras frias,

hay mucha abundancia de una yerba que tiene el sabor y la propiedad del anís, la cual se llama en Castilla quijones ó guijones.

Martes nueve de Septiembre, dejando en Chiapa á fray Christóbal, el lego, algo achacoso, que quiso quedarse en aquella provincia, y llevando en su lugar á un fray Antonio de Villa Real, sacerdote y confesor de la del Santo Evangelio, que era uno de los muchos que de aquella provincia habian ido á Guatemala en su seguimiento, y llevando asimesmo por guía á otro sacerdote de aquel convento, llamado fray Juan Nuñez, salió el padre Comisario general de aquella cibdad, poco ántes que amaneciese; luego en saliendo del pueblo, se pasa un río por una puente de piedra, y andada legua y media de camino lleno de agua y lodo, en que pasan cinco arroyos, llegó á un buen pueblo de los mismos indios quelemes, y del mismo Obispado de Chiapa, visita de los frailes dominicos, llamado Tzinacantan, donde se dan muchos duraznos, peras y manzanas. Pasó de largo, y andadas cinco leguas y media, en que se pasan cinco arroyos y tres veces un río, llegó á medio día muy cansado á otro buen pueblo de los mismos indios, Obispado y visita, llamado Iztapa, gente muy devota, y que le hizo mucha caridad; y apenas habia entrado en el aposento cuando comenzó á llover, y llovió bien un buen rato. Las seis leguas de las siete sobredichas, son de muy mal camino, de cuestras muy altas y agras, con bajadas y subidas muy dificultosas, aunque siempre se va bajando, y de pasos y rebentones tan trabajosos y de tanto peligro, que fué milagro no caer aquella mañana muchas veces; entre estos habia uno, al bajar de una cuestra orilla un río, con tanto cieno y barro algo seco en

que se metian las bestias hasta la barriga, que fué gran dicha no quedarse allí plantadas, pero salieron deste mal paso poco á poco, con el favor de Dios, y pasado el rio, comenzaron á subir otra cuesta muy más alta que la otra, y tan empinada que iba el camino por una loma ó ladera muy angosta, dando vueltas y culebreando. Habia puestos palos á la una y á la otra parte del camino, para que no se despeñasen las bestias en unas barrancas muy hondas que estaban á sus lados, en una destas vueltas se atravesó la cabalgadura en que iba el padre Comisario, de tal suerte, que temieron los demás que se habia de despeñar, y temiendo él lo mesmo dió un apretón tan recio y picola con tanta furia y presteza, que la hizo subir un paso muy empinado, con lo cual se libró de aquel peligro; luego en aquella mesma cuesta dió en otro barrizal peor que el referido, y no fué posible que la bestia saliese dél hasta que se apeó della en el mesmo barranco. Subida esta cuesta no habia ya nadie que se pudiese tener en pié, todos iban trasudando y carleando, y las bestias temblando sin se poder menear, y el calor del sol era recísimo, y no habia quien le pudiese sufrir, que era ya cerca de las once; con esta necesidad tan grande se asentó el padre Comisario al pié de una encina que hacia una poca de sombra, y con sus compañeros comió unas manzanas y duraznos de los de Chiapa, y bebió del agua que, en una barranquilla allí cerca, halló un indio que los guiaba, el cual tuvo la culpa de lo que en aquellas dos cuestas padeció el padre Comisario, porque le guió por aquel camino, que por ser tan malo no se usaba ya, ni iba nadie por él. Es tanta la variedad de temples que hay por allí, que ménos de un tiro de arcabuz de donde habia tanto lodo y bar-

ro, como queda dicho, estaba el camino tan seco, que habia polvo en él. El pueblo de Iztapa es de buen temple, dánse en él duraznos, higos, manzanas, aguacates y piñas grandes de tierra caliente; detúvose allí el padre Comisario todo aquel dia.

Miércoles diez de Septiembre salió de aquel pueblo una hora antes del dia, y en saliendo dél bajó á oscuras una gran barranca, y pasó un arroyo que corre por ella, pasadas despues unas costezuelas pasó otro arroyo que cerca de allí se junta con el primero, y acabada de subir la barranca, y pasadas otras algunas y otros dos arroyos, y un riachuelo por una puente de piedra, bajó últimamente otra cuesta larguísima y muy penosa, y andadas en todo esto cuatro leguas llegó á un gran pueblo llamado Chiapa de los indios, (á diferencia de la otra Chiapa) del mesmo Obispado, y de una lengua que llaman cendal; fuése derecho al convento de Santo Domingo donde dijo misa luego en llegando, despues le dieron de comer y descansó hasta la tarde. Es aquel convento bueno y la iglesia bien edificada, moraban en él cuatro ó cinco religiosos, y tenia el prior (que era un viejo honrado) una enfermedad tan rara, que por ser tal pareció ser bien ponerla aquí. La enfermedad era de aradores, tan mala y penosa que causaba lástima; certificó el pobre enfermo al padre Comisario que habia dia que le sacaban de las manos cien aradores, y dia de ciento y veinte, y otros de ciento y cuarenta, y que aquel dia con ser tan de mañana, que aun no eran las nueve, le habian sacado sesenta; y dijo que le habia procedido aquella enfermedad de comer en cierta ocasion mucha leche de cabras enfermas. El asiento de aquel pueblo es en un valle muy ancho y muy largo, al modo del de Cuerna-